

SOLEDAD PALAO
EL SECRETO
QUE CAMBIÓ MI VIDA



Soledad Palao

**EL SECRETO
QUE
CAMBIÓ MI VIDA**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición

ISBN. versión epub: 978-84-608-8177-3

ISBN. Versión papel: 978-84-15363-94-1

Impreso en España / Printed in Spain

Editado por: Editorial Aldevara

Para los que ya no están.

«Algunas cosas del pasado desaparecieron, pero otras abren una brecha al futuro y son las que quiero rescatar.»

Mario Benedetti.

«Dichoso el árbol que es apenas sensitivo, y más la piedra dura, porque ésta ya no siente, pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, ni mayor pesadumbre que la vida consciente.»

Rubén Darío.

Índice

- I. -LA PENSIÓN
- II. -NIÑEZ.
- III. -PELEAS.
- IV. -PRIMERAS PESQUISAS
- V. -TRAVESURAS.
- VI. -RECUERDOS.
- VII. -MATA HARI
- VIII. -ENIGMAS.
- IX. -AMENAZAS.
- X. -CHANTAJE.
- XI. -RELIGIÓN.
- XII. -ASESINATO.

PRÓLOGO I

La naturalidad y gran profusión de detalles que utiliza la autora en esta novela, nos hace trasladarnos sin ningún esfuerzo a la época de la creación de nuevas formas de vida, debido al movimiento desde las provincias más desfavorecidas hasta destinos más prometedores a fin de aliviar su gran pobreza y sobrevivir simplemente.

La niña protagonista de la historia, ignorante en su momento de la importancia de su presencia en los hechos que se relatan, comprende ya adulta, que debe esclarecer cuales han sido y desvelar el misterio familiar que vislumbra y por el que debe investigar hasta conseguir respuestas.

Soledad nos presenta unos personajes sencillos, y sus vidas marcadas por la lucha vital, resultan absolutamente creíbles e interesantes para todo lector que busque conocer las costumbres y momentos de la época en se relatan.

Contados de primera mano por alguien que ha heredado la historia de una saga familiar.

Acontecen dramas, anécdotas y peripecias que interesarán a quienes quieran recrearse en un momento histórico no muy lejano y saber del instinto,

El lenguaje tan peculiar que emplea la autora, nos va a provocar sonrisas, algún que otro momento de sufrimiento y mucho suspense, pues es tal la forma que nos trasmite su pensamiento que nos alegraremos y padeceremos con sus personajes desde el primer momento.

Soledad sabe lo que se hace. Ha sido un libro meditado y trabajado hasta en los mínimos detalles, recogiendo

datos y aportando testimonios fidedignos a esta historia que nos va a provocar un. ¿Y ahora qué hago? Cuando comencemos el libro. Quedé atrapada en esta red que tejó con gran destreza. Un verdadero descubrimiento.

Gemma Olmos.

Escritora.

PRÓLOGO II

Un secreto de familia es la excusa para que la autora nos regale una historia fascinante a través de los ojos de una mujer. Comienza en 1.963, siendo Marisol una niña y acaba en nuestros días, siendo Soledad. La evolución del nombre de la protagonista es el reflejo de los numerosos y trascendentales acontecimientos que cambiará para siempre la vida de los personajes que se mueve en el entorno a la " Pensión La Yeclana " de Madrid.

Esta primera novela de la autora, que aunque novel, ya tiene espolones, como diría alguno de sus personajes, no deja indiferente. Describe con un inimitable humor y una fuerza desbordante el torrente de emociones por el que pasa la protagonista, que no deja de ser el "alter ego" de la autora, dotada de una personalidad arrolladora. Consigue plasmar tantos matices en cada uno de los personajes y situaciones, que a veces cuesta discernir si todo es fruto de una ficción o sucedió en realidad.

La novela contiene casi todos los elementos para atrapar y hacer que su lectura sea un placer. Posee la magia y el encanto nostálgico de la infancia que todos nos resistimos en dejar atrás, pero que a la vez muestra la cara más amarga de la vida. Sobre todo se trata de una historia vital, llena de alegría, energía y suspense. Un giro final inesperado y que a modo de moraleja, nos deja la seguridad de que el secreto esconde un gran sacrificio de amor.

Soledad Palao, es una escritora con talento que debuta con este libro. No será el único, porque tiene una imagina-

ción ilimitada, una gracia y desparpajo para explicar, tanto situaciones cotidianas, como aquellas más absurdas, y sobre todo atesora una capacidad de trabajo y unas ganas de devorar la vida, que necesitaría dos o tres más, para poder arrojar toda la creatividad que lleva dentro.

Gracias por proporcionarme tanto tiempo de emoción con la lectura de esta novela.

Juan Carlos Díaz Meco

Escritor.

I. -LA PENSIÓN

La Yeclana fue el nombre que mi bisabuela eligió para la pensión que se decidió a regentar desde que emigró a Madrid, cargada con unos pocos trastos y cargando con un hijo de corta edad. Situada en la calle Relatores número 13, calle céntrica de Madrid, en pleno barrio de las letras y que con mucho esfuerzo supo sacar adelante y dejar la vida resuelta a mi abuelo, una vez que ella dejó este mundo.

Una casa inmensa con largos pasillos, dos cocinas que se usaban indistintamente en verano e invierno, grandes galerías y 17 habitaciones casi siempre ocupadas por los huéspedes que iban y venían de algún pueblo la mayoría de las veces perdido de la mano de Dios para probar fortuna en la capital. Balcones decorados con hierro repujado, cristalerías de colores, ventanas que daban a grandes patios y un inmenso comedor dotado de luz exterior, decorado con dos grandes mesas de madera rodeadas de sus respectivas sillas, de aquellas con asientos de cuerda, en los que mi abuela había colocado unos cojines tejidos por ella en diversos y alegres colores, que siempre almohadillaba con la borra que sobraba de los rellenos de los colchones, una alacena cargada de platos, vasos, cubiertos y diversos enseres de mesa, haciendo así su trabajo más leve a la hora de las comidas, impidiendo los largos viajes hacia la cocina.

Aquel inmenso comedor dónde se sentaban a comer aquellos variopintos personajes llegados de todas partes, que apartando algunos dineros de su paga, y a veces sin ellos, hacían que la pensión fuera subsistiendo, entre días

coloridos, colchas de flores, orinales, y estampitas de la virgen que mi abuela regalaba a cada huésped el día que la fortuna le encaminaba por primera vez a la pensión.

Dos grandes lámparas caían desde el techo con unas bombillas en forma de vela que entregaban su luz a la hora de la cena de los comensales. Cuadros con bocetos firmados por Mingote, que nunca supe que fue de ellos y dos grandes balcones exteriores desde donde se veía la estrecha calle. En la acera de enfrente; el bar Los Faroles, hábitculo preferido de mi abuelo, donde residía gran parte del día. En la esquina, el banco de Vizcaya, con grandes cristales decorados con carteles de ofertas de dinero y frente a él, se podía observar parte de la plaza de Tirso de Molina. El cine Progreso con sus grandes afiches en colores con la cara de los actores de la película que proyectaban cada semana. En sus bajos una sala de fiestas; el Conga, sitio frecuentado por mis padres y mis tíos y según mi madre, prohibitivo para los niños, aunque tal consejo no bastaba para que mis primos y yo nos escapáramos de vez en cuando y observáramos desde las pequeñas ventanas que casi rozaban la acera, aquellas parejas que danzaban al son de la música de aquella maravillosa orquesta que podíamos escuchar agazapados, protegiéndonos unos contra otros para que nadie observara nuestras travesuras, mientras la abuela dormía profundamente totalmente ausente a nuestras trastadas.

La pronunciada cuesta de la calle Relatores terminaba en los almacenes Bobo y Pequeño, conocidos en todo Madrid por sus maravillosas ofertas en ropas de cama y mesa. Su redondo escaparate mostraba mesas decoradas con manteles bordados, sábanas de hilo, colchas con diversidad de colores y suaves mantas de rayas que hacían las delicias de los paseantes de aquella frecuentada calle.

Toda la travesía hacía gala de los escaparates decorados según la moda impuesta en los años sesenta; una carnicería, dos bares, la carbonería dónde mi abuela se abastecía del carbón para el fogón con el que preparaba la comida, una casa de discos en la que lucían posters de los grupos de la época y aquella música estridente, a la que mi familia calificaba de ruido se dejaba escuchar por casi toda la rambla junto con las protestas de los vecinos.

Frente al balcón del comedor, la academia de baile que regentaba el maestro Buendía, a la que acudían bailarinas de flamenco con ganas de triunfar y hacerse un nombre en el mundo de la farándula. Las fachadas, algunas renegridas y otras con grandes miradores artísticos, que junto con el bullicio de personas que paseaban arriba y abajo, formaban un espectáculo que comenzaba a salir de una posguerra triste y en muchos casos mísera, que reflejaba perfectamente aquel Madrid de los años 60.

Mi abuelo Juan nació en Yecla. Un bonito pueblo de Murcia de tierra seca, calor, poco trabajo y buen vino.

Debido a la hambruna de la época, según contaba mi madre, casi todos los niños de aquel pueblo fueron criados a base de sopas de vino.

Mucha era la abundancia del morapio que daba la tierra, gracias a las buenas viñas de cuyos caldos vivía casi todo el lugar y escasa la producción de leche, por los pocos pastos que bañaban la zona debido a la sequía frecuente en aquellas tierras. De ahí, que el crecimiento de mí antepasado siempre estuviera ligado al alcohol y sus derivados, afición que le acompañó toda su vida.

Mi bisabuela, fundadora de la pensión, nacida y casada en aquel pueblo de Murcia, una vez fallecido su marido, el cual tuvo la mala suerte de abandonar su vida debajo del

único carro que pasaba por la calle principal de Yecla, tomó la acertada decisión de trasladarse a Madrid para labrarse una vida mejor, siendo consciente de que aquel mísero pueblo lo único que podía ofrecerle eran; malos recuerdos, hambre, el poco dinero que le dejó su marido, el recuerdo de su hija muerta por la epidemia de tosferina que asoló el pueblo, dos colchones viejos, y algunos enseres de cocina tiznados por el poco carbón con el que calentaba la cocina.

Una vez llegó a Madrid y gracias a la recomendación del boticario de su pueblo, encontró faena en casa de unos señores acaudalados y residentes en el barrio de Salamanca, que la acogieron no sin antes leer las alabanzas escritas por don Alberto, dueño de la única botica de Yecla, en la cual les rogaba; que con caridad cristiana acogieran también al hijo, hasta que mis bisabuela pudiera labrarse un futuro.

Mi bisabuela, lista de entendederas, trabajadora y solícita, logró hacerse con el favor de sus señores, que en poco tiempo lograron que mi querida antepasada con un poco de maña, ahorro y alguna sisa que otra, manejara algunos ahorrillos con los que debido al buen hacer y algunos consejos de unos y otros, además de algo de suerte, se encontrara de frente con el cartel de arriendo de la vivienda de la calle Relatores, donde su señor, al comprobar las grandes dimensiones del habitáculo, le aconsejó enfrentarse al reto de dedicar su vida a la honrada y trabajosa faena de forjarse un futuro como casera de una pensión.

Mi bisabuela consiguió algunas camas viejas, telas de rayas que rellenó ella misma con borra, elaborando así unos cuantos colchones. Mesillas, algunos orinales, palanganas para el aseo de los futuros huéspedes y unos cuantos crucifijos, regalo de sus señores, que utilizó como decora-

ción para las habitaciones. Con tan buena fortuna, que la pensión La Yeclana a base de mucho trabajo, penas y calamidades, creó cierta fama entre los emigrantes de pueblos llegados a la capital en busca de la fortuna que no conseguían en sus pueblos de origen, en los que solo encontraban las labores que daba la tierra de los señoritos acaudalados, dueños de casi todos los terrenos, fincas y casonas del lugar.

Poco a poco, con tesón y mucha paciencia, fue haciéndose con enseres nuevos, contrató una chica sobrina del carbonero recién llegada del pueblo a la que dio trabajo como criada, y una lavandera cada quince días, para el cambio de los juegos de cama.

Su gran arte en la cocina típica murciana, elaborada según ella con las verduras de la huerta de aquellas tierras, hizo que el boca a boca se fuera propagando por todo el centro de Madrid, y con ello la llegada de nuevos huéspedes y el aumento de monedas, que comenzó a guardar bajo llave en un tarro de cristal en la alacena de la cocina.

Mi abuela Costa, llegó a Madrid desde su pueblo natal; Morella, como muchas otras en busca del trabajo que su pueblo no ofrecía. Nacida en una familia humilde, lo único que el futuro le deparaba en su pueblo era un marido, el convento, o marchar a servir a la capital. Ella optó por esto último y emprendió viaje con la valentía que después la caracterizó el resto de su vida.

Don Cosme, el cura de aquel bonito pueblo de Castellón consiguió recomendaciones para varias casas de Madrid, donde mi abuela estaba dispuesta a dejarse la uñas con tal de salir de aquel pueblo que tan pocas posibilidades le ofrecía.